

—Pues bien; al salir de las Tullerías el Rey y su corte entera irá á Saint-Magloire, á presenciar el casamiento del Conde de Lagardère y el del Marqués de Chaverny. Tenedlo todo dispuesto para las seis de la tarde, caballeros.

No era costumbre casarse á esas horas, pero el Rey lo quería y los interesados no pensaban en discutir el punto.

—A propósito, marqués... ¡de buena te has escapado! Te doy noventa y nueve en ciento para adivinar quién había solicitado del Rey la honra de bendecir tu matrimonio... Ya estaba acordado, y quizás no hubiese podido yo impedirlo...

El tono burlón y satírico del Regente puso á Chaverny sobre la pista.

Respondió, pues, festivamente:

—¡Bah! Monseñor, todos los sacerdotes son buenos, porque representan á Dios. Sólo conozco uno que no representa ni al diablo, porque ni el diablo quiere estar tan mal representado; me refiero al Cardenal Dubois.

—Y precisamente me refiero á él, marqués.

—¡Muchas gracias!... ¿No podría Vuestra Alteza enviarlo á pasar un par de días á la Bastilla?

—¡Peste! ¡No eres partidario de las temporizaciones, tñ! Pero no hace falta; tran-

quilizate. Dubois ha caído enfermo, y le es imposible jugarte esa mala pasada.

—¡Bendita sea su enfermedad!

—Hasta la tarde, señores. Eso es cuanto tenía que deciros.

V

La mayoría de edad del Rey

Desde las doce del día los alrededores del palacio de las Tullerías, en el cual había de celebrarse la solemne sesión del Parlamento para reconocer que, llegado el Rey á su mayor edad, cesaba la regencia y gobernaría por sí mismo Luis XV, estaban atestados de gente que se aprestaba á dar vivas á su soberano, muy satisfecho por cambiar de señor.

Caprichoso, versátil, y siempre dispuesto á divertirse á poca costa cuando podía hacerlo, el buen pueblo de París, ya distraído con la formación de las tropas vestidas de gala, que cubrían la carrera, se aprestaba á entusiasmarse contemplando al Rey y á los cortesanos en traje de Corte, los purpurados cardenales, los obispos y arzobispos con sus vestiduras moradas, los capitanes generales y maestros de campo; los ministros, los príncipes de Francia, los

pares, los togados de la Universidad y Tribunales de Justicia; los caballeros de las Ordenes militares, los consejeros de Estado, los cuartos militares del Rey y del Regente, los mosqueteros, los miembros del Parlamento y todos cuantos habían de asistir á la Asamblea magna de la mayoría de Luis XV.

El Monarca sentábase en elevado trono, con soberbio dosel de terciopelo flordelisado, teniendo á su derecha á S. A. R. el Regente, al duque de Borbón, al de Maine y al conde de Tolosa, y luego á los demás miembros de la Real familia, por orden de parentesco; y á su izquierda al Gran Canciller, á los ministros, á Su Eminencia el cardenal Fleury y grandes dignatarios del reino.

El Canciller abrió la sesión con un largo discurso, destinado á demostrar que aquel día—22 de Febrero de 1723—un niño aún, iba, por mandato directo de Dios mismo, á tener en sus débiles manos la suerte de veinticinco millones de seres racionales. Y con esto y con cubrir de lisonjas el gobierno de Su Alteza el Regente, cuyas liviandades olvidó, cedió la palabra á Mr. de Armenonville, que se despachó también á su gusto, y en términos parecidos.

Decir que el Rey se divertía con tales historias, sería exagerar demasiado; hubiera preferido oír por centésima vez la del Hombre de

la Máscara de Hierro ó la de las hazañas de Lagardère, y muy á menudo, al volverse hacia él Mr. de Armenonville observaba que no le atendía. Algunos días antes hallábase muy ufano, satisfecho por convertirse en el dueño y señor de Francia, pero á la sazón, aunque sentado en cómodos y muelles almohadones, parecíale que las ceremonias regias, y en particular las sesiones del Parlamento, eran algo así como las penitencias á los malos estudiantes.

No obstante, conservaba en su trono toda la regia dignidad apetecible, y aparentaba escuchar complacido aquel flujo de palabras, aunque pensando en el matrimonio de Lagardère y discurriendo de qué medio se valdría para terminar aquella aburridora Asamblea y enviar á aquellos pobres viejos forrados de pieles ó cubiertos de lujosos uniformes á calentar al fuego de la chimenea sus miembros reumáticos ó gotosos ó á meterse entre sábanas.

En verdad que muchos de aquellos ilustres restos de glorias remotas debían de resentirse muy mucho por las corrientes de aire que circulaban por la iglesia de Saint-Magloire, y parecíale al malicioso reyecito que la mayoría de aquellas estantiguas sólo llevaban la espada como adorno y carecían de alientos para sacarla de las vainas en caso de una lucha. Entonces comenzó á buscar las cabezas jóvenes y

la virilidad en las facciones, pensando que aún había buen número de caballeros fuertes y valerosos que le seguirían con entusiasmo adonde quisiera llevarlos, y secundarían sus vagos anhelos de gloria.

Gracias á estas reflexiones, no le pareció muy largo el discurso de Mr. de Armenonville, del que no oyó una triste palabra... Eran muy cerca de las cinco, y poco después llegó la hora del besamanos, en que cada cual se prosternaría ante el Rey y le prestaría juramento de fidelidad. Luis XV abrevió cuanto pudo la ceremonia, agradeciéndola con unas cuantas elocuentes frases, aprendidas de memoria aquella misma mañana, merced á los esfuerzos y ayuda del cardenal Fleury, é inclinándose al oído de Felipe de Orleans, le dijo:

—Primo, dad cuenta á esos señores de nuestro deseo.

El ex Regente se levantó, produciéndose en la Asamblea un gran silencio. Ninguno esperaba aquello, y el asombro cundió desde las primeras palabras. Tratábase de hacer á Lagardère, con motivo de su matrimonio, una manifestación imponente y sin precedente en la Historia.

Muchos fueron los que se quedaron con la boca abierta ante la regia decisión, tan contraria á la etiqueta cortesana; pero unos cuantos

de los más ilustres que, como el duque de Berwick y el príncipe de Conti, conocían y admiraban al conde Enrique, aplaudieron entusiasmados, creyendo que tras del gran Luis XIV otro Monarca eclipsaría su grandeza: aquel adolescente, su biznieto, que con acto tal inauguraba su reinado.

Todos conocían, cuando menos, las proezas y gestas de Lagardère, y algunos conocíanle personalmente. Además de Berwick y Conti, de Saint-Aignan y del mariscal d'Estrées, M. de Riom y los coroneles que habían guerreado en España admiraban sinceramente á Enrique y podían extenderse bastante en el relato de sus hazañas.

Y en aquellos momentos, Gonzaga preparaba concienzudamente su último crimen, ignorando el cortejo brillante é imponente que se preparaba á asistir á las bodas de su enemigo. El príncipe tenía el cerebro organizado para el mal, y si en ocasiones pedía consejo á Peyrolles, su discípulo en perfidia, sólo lo hacía tratándose de asuntos de índole secundaria. Cuando la situación era grave—y entonces lo era como nunca—únicamente se guiaba por sí mismo.

Urdida en tales casos la trama, no se contentaba con mover á sus comparsas: operaba él mismo, como en los fosos de Caylus, como en

el rapto de Aurora, como en España por una ó dos veces, y como en el incendio de la feria de San Germán. Aquella tarde iba á jugar el todo por el todo.

Acababa de escribir dos billetes sin firma, contrahaciendo admirablemente su letra, y de tal suerte, que cada uno de ellos parecía escrito por un individuo distinto.

Contempló su obra, y pareció tan complacido, que sonrió como si fuera á morder á alguien. Los dobló cuidadosamente, escribió las direcciones respectivas y los guardó en su bolsillo.

Iba vestido de negro, y resultaba siniestro con su faz lívida y sus ropas, tan sombrías como su alma. Toda la mañana había estado paseándose por su cámara, sentándose alguna vez y apoyando entonces la cabeza en la palma de la mano. ¿Reflexionaba acerca de lo ingrato y pesado de su tarea y se arrepentía de haberla emprendido? No. El orgullo le dominaba; y además, cuando se ha andado algún camino por la senda del crimen, no hay alientos ni decisión para retroceder. Es necesario adelantar, descender cada vez más; el vértigo impulsa á los desgraciados, y solamente los remordimientos pueden servirles de freno. Pero Gonzaga no los conocía aún; meditaba su venganza y destilaba todo el odio de su corazón.

A veces, al ver las arrugadas frentes de sus enrodados, pensaba que ellos eran accesibles á los remordimientos, y los pisoteaba con su desprecio y sus insolencias, mostrándoles que era demasiado tarde para arrepentirse, y arrasrándolos de nuevo al surco sangriento. Á este respecto sólo Peyrolles era digno de su amo. Miraba lo porvenir sin preocuparse de lo pasado; y si alguna vez recordaba el camino recorrido, lo hacía simplemente para no olvidar los obstáculos que tuvo que vencer y tratar de evitar otros semejantes en lo sucesivo.

En las primeras horas de aquella tarde, especie de velada de armas del Príncipe, su teniente Peyrolles hacía en la estancia frecuentes apariciones, teniéndolo al corriente de lo que pasaba por fuera.

Hacia las dos plantóse en la entreabierta puerta y vióle meditar. Su señor no le había visto y siguió ensimismado; el mayordomo lanzóle elocuente mirada. Entre aquellos dos hombres, ligados por larga sucesión de crímenes, no existía ni afinidad ni confianza. Si uno era el amo y otro el sirviente, debía á que éste no había hallado medio de invertir los papeles ó de emanciparse de toda servidumbre. Y á la sazón sonreíale la esperanza de conseguirlo muy pronto.

Gonzaga tenía enfrente un espejo de plata,

y por él vió la sonrisa siniestra de su factótum. Aquella sonrisa abrió entre ambos infranqueable abismo, y Felipe de Mantua pensó que pueden domarse las fieras, pero no atraerse el domador su afecto y fidelidad. Pronto ó tarde sus dientes, siempre dispuestos á morder, y sus garras, ávidas de despedazar, realizan su anhelo. El Príncipe se convenció que desde aquel instante sólo podía contar consigo mismo.

Irguió la cabeza para terminar aquella escena muda, y el mayordomo, recobrando al instante su máscara de adulación lacayuna, previno á su amo que se efectuaban idas y venidas extrañas y sospechosas en el barrio, sobre todo por las cercanías de la iglesia de Saint-Magloire. El clero estaba preparado como para una gran ceremonia, y una granizada de mendigos atestaba los alrededores del cementerio, como bandada de cuervos. Parecía que toda la antigua Corte de los Milagros se había dado cita allá.

Era costumbre que, cuando se celebraba alguna boda, dejasen llegar á los mendigos hasta el pórtico, para que la novia, al salir de la iglesia, les distribuyera por sí misma la limosna; pero cuando se trataba de matrimonios aristocráticos sólo se permitía el acceso á muy pocos, rechazándose á los demás hacia las tapias del cementerio. Y una vez el cortejo nupcial lejos

de la Iglesia, los privilegiados, de bien á bien ó aturdidos á estacazos, tenían que repartir entre sus colegas la limosna, viéndose entonces mancos que usaban ágilmente de los brazos que les faltaban, cojos que corrían como liebres, tullidos que luchaban cual energúmenos, ciegos que no marraban el menor golpe y sordomudos que vociferaban á grito pelado. Y no faltaba quien quedaba tuerto ó manco de veras por un puñetazo descomunal ó un garrotazo capaz de atontar á un buey. Aquel día parecían evitar comunicación alguna entre ellos, cual si obedeciesen á secreta y rigurosa consigna.

Gonzaga contempló aquel enjambre de portioseros y sonrió satisfecho. Eran gente de que se podía servir en oportunidad, y en aquel mismo instante ocurriósele la idea de emplear en su servicio por lo menos á uno de ellos.

Transcurrieron dos horas. En Febrero se hace pronto de noche, y desde las cuatro, el pálido sol de invierno que se había mostrado, quizás únicamente para honrar á Luis XV en tan memorable día, ocultóse entre brumas y nieblas. No tardó en esparcirse la sombra del crepúsculo por la ciudad.

Por el contrario, las naves de Saint-Magloire se iluminaron profusamente, y por las vidrieras de colores irradiaba el resplandor de las luces. Nunca la antigua iglesia habíase visto

tan resplandeciente de luz interiormente, y resaltaba mucho el contraste entre aquella iluminación deslumbradora del templo y las densas tinieblas que comenzaban á envolver las tumbas del cementerio. Hacía reflexionar como un simbolismo la diferencia entre la iglesia, mansión de la esperanza, antesala de la gloria, y el camposanto donde yacían los que fueron, el polvo, quizás la nada: luz y sombra. Así pensó por un instante Felipe de Mantua; pero muy luego se rehizo, desechó tales ideas como indignas de su valor y de su resolución, sonrió sarcásticamente, fijó su mirada insolente en la puerta abierta del templo, y después la bajó hacia las sombrías losas funerarias.

—¡Hermoso día—dijo—para Aurora y Lagardère! ¡Triste y sombrío para mí!... ¿Quién triunfará?... ¡Eh, caballeros! Ya es la hora. A vuestros puestos.

Uno á uno los enrodados fuéronse internando en el cementerio. Peyrolles iba el último. Poco después salió Gonzaga, cerró la puerta, dando dos vueltas á la llave, y guardó ésta en el bolsillo. Dirigióse á uno de los mendigos, un joven que se fingía cojo, y habló un cuarto de hora con él, dándole al final de la conversación algo: era el último luis de oro que quedaba al opulento Príncipe. Luego le entregó los dos billetes que escribiera pocas horas an-

tes. El posdiosero se deslizó dentro de la iglesia.

Oyéronse los pasos de una compañía de guardias francesas.

Mantua se internó en las tinieblas del cementerio y se apostó detrás de la tumba de Felipe de Nevers, su víctima.

VI

A la boda

Al separarse del Regente en las Tullerías, Lagardère y Chaverny volvieron rápidamente y en silencio á casa, henchidos sus corazones de júbilo.

En vano Aurora quiso acostumbrarse á aquella existencia; no era ya la chiquilla que vivía con el maestro Luis en la calle del Chantre; á la sazón sabía la terrible lucha en que estaba empeñado su novio, conocía á sus temibles enemigos y experimentaba indescriptibles angustias cada vez que Enrique salía del palacio.

En la soledad de su cámara, donde complaciase en confinarse, no tenía otro consuelo que sus tórtolas, de las cuales había cuidado la señora Francisca, mientras la joven estuvo por España en poder de Gonzaga. Se acercó á la